

coraciones de chilenidad que abruman a una parte apreciable de nuestra literatura, ha sabido Ud. ya sea en «El Roto», ya sea en «Un Chileno en Madrid», ya en «Valparaíso Ciudad del Viento» o en «Criollos en París», y ahora en esta «Chica del Crillón», captar aspectos esenciales de nuestra vida colectiva. Cuantos creen en el valor de la cultura tendrán que agradecerse.

Suyo affmo.

LUIS D. CRUZ OCAMPO.

■

«PEDRO MORENO, EL INSURGENTE», POR *Mariano Azuela*

La intensa sugestión lograda por Mariano Azuela en Indamérica, tenía hace años, para mí, una justificación romántica: el autor de «Los de abajo» era el cálido evocador de un pueblo aventurero y pasional, en cuyos estratos profundos vive la llama de los secretos ancestrales: la superstición, la idolatría y la muerte. Hoy, mejor estudiado el proceso de forja de aquel pueblo, creo que Azuela es el traductor de una nación de conciencia revolucionaria, vale decir de un pueblo prepotente, que se gana en cada convulsión cauces poderosos por donde vaciar el caudal de hierro fundido de su pródiga existencia. No hace mucho, al dedicarle a las tendencias literarias de América el devoto miraje de una sensibilidad alerta, señalábamos la preferencia que el escritor de este continente privilegiado da a la naturaleza y al hombre autóctono, sin veladuras ni aderezos decorativos, y muy por encima del afán fantasista de que son pasto las civilizaciones agostadas. Decíamos que el criollismo era lujurioso y directo, turbulento y brutal, que en él la imaginación suponía el mínimo esfuerzo, y tenía una misión precaria. La naturaleza—paisaje y hombre—, es tan pujante y prodigiosa, que desvanece toda imaginación de filigranas y utopías «made in».

Intentábamos esta aproximación al hecho mejicano: «La topografía mejicana, acaso única en el mundo, ha fraguado un alma nacional encontradiza, sinuosa, encendida, fiera e irrefrenable.» (1).

Un pueblo nutrido por una tierra áspera, volcánica y fecunda, es menos soñador que combativo y clarividente. En la indolencia aparente que mece el verso y la música indígena anidan la serpiente y el águila, la tenebrosa vida del instinto formidable y el impulso magnífico hacia las grandes acciones y hacia el cielo lúcido de las nobles ideas.

La novela mejicana recibe esta recia estructura racial, airada, dulce y volcánica. Entre todas las novelas, dos de Mariano Azuela: la tan divulgada, y no por ello menos grande, «Los de abajo», y esta biografía de guerrillero que llega a nuestras manos: «Pedro Moreno, el insurgente».

Méjico se construye en dos fechas esenciales: 1810-1910. La primera, ampara el empuje inicial contra el coloniaje, vale decir contra la espada monárquica, forjada en el rito católico altivo, sombrío y vengador; contra el encomendero y contra el analfabetismo, desgracia ésta peor que todas las tiranías. Esta centuria de lucha a muerte—el pueblo mejicano no hace revoluciones de teatro—, apenas conquistó la liberación primera, tan tenaces raíces hundió España en la ardorosa tierra azteca. Hoy mismo, cuando ya está en marcha la segunda etapa revolucionaria, la etapa social o de construcción integral, Méjico asesta todavía redoblados golpes a la reacción eclesiástica, que no abandonará sin brava lucha un reinado secular. 1910 incuba el movimiento social más sólido y mejor orientado que se haya visto en América: la liberación de las masas agrarias e industriales. Un movimiento que, como éste, encuentra igual resonancia en la ciudad y en el cerro, es en proporción sólo comparable a un estuario, cuyo caudal céntrico ha sido acrecentado por la multiplicación vivificante de las torren-

(1) Revista «Letras», N.º 19.

teras en todos los rincones del territorio. Torrentera en la crecida de 1910 es la epopeya de «Los de abajo». Demetrio Macías, el obscuro guerrillero, ha escuchado la voz del instinto indómito y clarividente. La guerrilla tenaz, sanguinaria y felina, lleva en su porfía el subconsciente de una doble liberación. No hace mucho, en el comentario ya aludido, escribíamos: «La expresión épica del pueblo mejicano está señalada, felizmente, en «Los de abajo». Combustión intensa del instinto, destrucción constructiva y pasional, galope, descanso jadeante y vuelta al galope arrollador. No cabe comparar «La vorágine», de Rivera, o «Don Segundo Sombra», del argentino Güiraldes, con el notable libro de Azuela. En él, la técnica simple y personal se auna firmemente con el temperamento. Mayor contenido de vida racial, de paisaje útil, de vida humana y universal en botijo mejor plasmado, no lo hay en otro país de América». (1)

Una técnica asimismo simple y personal, rebelde a cánones y conceptos, destaca en «Pedro Moreno, el insurgente», libro que hemos abierto con emoción de saludo tras prolongada ausencia: la técnica del escritor que ha puesto sus ojos y su alma al servicio de la vida y del hombre. En Méjico, la vida y el hombre se traducen en pujanza y lucha. Así, un libro de Azuela será un recio brote del drama mejicano, un brote íntegro en sí, que contiene los totales del drama en curso y en cuya célula íntima está el secreto de una nueva vida.

Lo que nos arrastra en Azuela, es el movimiento soberano de lo elemental y eterno, el pulso huracanado y sísmico de la tragedia. Los hombres—porque, pese a la talla dominante del guerrillero, son grupos, masas, las que se mueven y juran—, desconocen el cansancio y la humillación, y la fiereza los lleva a tapar con sus sombreros la boca de los cañones «gachupines» o federales. Hay empuje primario, acorde con la salvaje presencia del campo torvo, amparador y terrible.

(1) Revista «Letras», N.º 19.

Cada indio es una flecha envenenada, cada campesino, un insurgente. Los jefes, un Macías, un Moreno, son voluntades del grupo, de la guerrilla, de la masa; su autoridad es relativa, la disciplina que mantienen, vaga, en razón directa con la violencia de la fuerza colectiva, que obedece al instinto triunfante y sobresaturado.

«Pedro Moreno, el insurgente», se inicia con «el grito de Dolores», como la historia denomina la primera insurrección fraguada en el pueblecito de ese nombre por el cura Miguel Hidalgo. Tras la conmoción producida en todo Méjico por las noticias que la confirmaban, la gente pudiente: hacendados, comerciantes, funcionarios, experimenta el ahogo de la inacción. Conversaciones, recados, secretos, van creando el ánimo necesario. Las noticias que llegan de España, no sólo a Méjico sino a toda la América, unidas a las exigencias pecuniarias del virrey, hechas en nombre de la España invadida por Napoleón, dan el impulso decisivo a los nuevos guerrilleros. Pedro Moreno, hombre sesudo y acaudalado comerciante, deja su comercio y sus haciendas y se va al monte con quienes quieran seguirlo, contra la intransigencia de la familia, contra el asombro, el desprecio y el odio de sus amigos realistas, venciendo el espionaje organizado por el clero dentro del propio hogar. Temeroso de las represalias del enemigo, el insurgente se lleva a sus familiares y los pone a buen recaudo, entre las asperezas de la sierra. Las guerrillas surgidas en diversos puntos del país no dan descanso al español. Reveses y victorias alternan en el ánimo de aquella gente que abandonó comodidades y riquezas, por la causa rebelde. Méjico quiere intentar su propio destino, y lucha en todas partes con bravura salvaje, acaso no superada en tierra americana. Guerra sin cuartel, en que la indiada da salida a su delirio salvaje y en que el poder español hace gala de su espíritu de venganza.

Llegan noticias desconsoladoras: la prisión y el fusilamiento del cura Hidalgo. Un tiempo después, Morelos, el otro cura insurgente que se ha cubierto de gloria en cien batallas, cede y

cae prisionero. Es la angustia. «Desde el fusilamiento del cura don José María Morelos, las cosas van de mal en peor: la división entre los caudillos insurgentes se ahonda cada vez más, desde que falta un jefe de prestigio por todos reconocidos. Envidias, rencores y discolerías están acabando con el movimiento». ¿Cuándo no ha sucedido lo mismo en América? De otro modo ya estaríamos estructurados, caminaríamos a paso recio en la evolución inteligente, la tierra estaría libre de encomenderos.

Pedro Moreno busca refugio en el cerro de «El Sombrero» y desde allí prosigue la lucha. Se tienen noticias de un nuevo caudillo, Mina, que desembarcando con escasas, aunque disciplinadas fuerzas, ha barrido a los realistas de la región. El fuerte de «El Sombrero» le servirá luego como base de sus operaciones. A los nuevos triunfos se suceden algunos reveses; el enemigo, ensobrecido, sitia a Mina y a Moreno en el propio fuerte.

Las páginas ofrendadas a este episodio, alcanzan los contornos de la epopeya. La heroica defensa de «El Sombrero» por aquellos hombres, encendidos en la llama rebelde y redentora, junto al estoicismo de las mujeres y al sufrimiento de los niños, tiene un poder de sugestión irresistible. Azuela ha sabido infundir al último cuadro de la tragedia, la fuerza y el calor justos y necesarios. Pesan sobre los sitiados las imágenes sangrientas de las represalias enemigas y a esta aguda conciencia del fin que les espera, se agrega la desesperación de la sed. El enemigo ha reforzado los senderos de bajada al torrente; la muerte mueve sus alas sobre grandes y chicos, durante muchos días.

Las figuras de Moreno, de Mina y de dos o tres mujeres que aceran el valor de los hombres, le dan a este libro el contenido y la solidez de una tragedia clásica y como tal habrá de perdurar en la literatura del continente. Es la historia viva, humana y ejemplar, que enfoca, en el tiempo y el espacio, tipos definitivos, inalterables, a cubierto de posteriores falsificaciones. En la

atmósfera de torbellino y de sangre en que se mueven estos seres, subsiste la estructura legítima de los héroes, desde el caudillo, al último indígena. En ningún momento se adivinan propósitos interesados en tan magnífica evocación de guerrilleros. El cuadro objetivo, sin atenuantes políticos o ideológicos, el tipo palpitante y férreo, he ahí las condiciones de la notable versión histórica y racial de Azuela. Nada de truculento, de húmedo, de chillón. Los trazos son recios y sobrios y la tragedia alcanza la ponderación de lo altamente humano y lo grandioso. Azuela ha sabido darle a su estilo, cuya maestría nos era familiar, la aspereza y vigor que el asunto requiere. La frase, a veces breve y bronca, a veces larga y macizamente ensamblada, a veces llana y aindiada, da al párrafo el aire y el ritmo del tiempo y de la acción.

Pedro Moreno, severo, parco y estoico, patriarcal, corre en las páginas altivo y señor de sí y de los suyos. Su actitud es neta, decidida, ejemplar, sin quejas, sin ambiciones, sin amargura, sin claudicaciones, como hombre que dominó tierras y gentes y quiso entregarlas al pillaje enemigo para ganarles en seguida, si fuera posible, convertidas en tierra libre y vida libre. No fué, como Mina, guerrillero arrojado, bullicioso de alardes. Su figura queda acuñada en la heroica vida americana con sereno y firme relieve de medalla.

Al poner fin a este breve comentario de uno de los libros más vigorosos aparecidos en este tiempo, no puedo dejar de pensar que en la América meridional, y particularmente en Chile, carecemos de historia viva, pese a nuestra abundancia de historiadores. La erudición prodigiosa de nuestros estudiosos y las facilidades editoriales no han vencido la indiferencia y el olvido de público lector. La historia se escribe aquí para el archivo, cuando no ha sido escrita con espíritu de clase. De ahí que, quien quiera informarse sobre la naturaleza real de hombres y hechos del pasado, y aun del presente, tendrá que sumergirse en la documentación auténtica.

«Pedro Moreno el insurgente», nos da el ejemplo de la historia objetiva, vital, aireada, que se quema al sol y sangra, y que tanta falta nos hace a los chilenos. Para nuestro país y para otros, esta es labor de escritor. Ese aliento fuerte y humano no entra en la erudición. La historia, como se escribe en Chile, está sepultando nuestro pasado, turbulento, pasional y heroico. Cumple a los escritores el apartar la losa y darnos la biografía estructurada en el tiempo y el espacio, el carácter único y el hecho legítimo, y con ello habrán forjado obra más duradera que el bronce.—LAUTARO YANKAS.



DOMINGO MELFI Y «PACÍFICO-ATLÁNTICO»

Es difícil decir dónde acaba en este escritor el estudioso y dónde comienza el artífice. Ambos forman una ensambladura admirable, cediéndose mutuamente predominios, sin que pueda discernirse con facilidad si el lírico supera al pensador o a la inversa. Tal es, al menos, la deducción que fluye al leer su reciente y armoniosa obra «Pacífico-Atlántico», solo libro suyo que conocemos.

Lejos del subtítulo presuntuoso—tenía sobrados motivos para justificarlo—define el autor su libro como sencillas notas de viaje, con esa simplicidad innata de la inteligencia equilibrada, siempre recelosa de cuanto produce y que por ello mismo se supera todos los días.

«Pacífico-Atlántico» son, realmente, notas de viaje. Digamos, mejor, impresiones de viaje. Un ejemplo que viene haciéndose clásico en literatura, aclara el juicio: cuando Beethoven vió su Sinfonía Pastoral expuesta a la voracidad de críticos sañudos, que se disputaban el derecho de acertar asegurando que tal pasaje traducía el ruido del río, éste la fuerza del viento o aquél las voces de la tempestad, se limitó a seña-